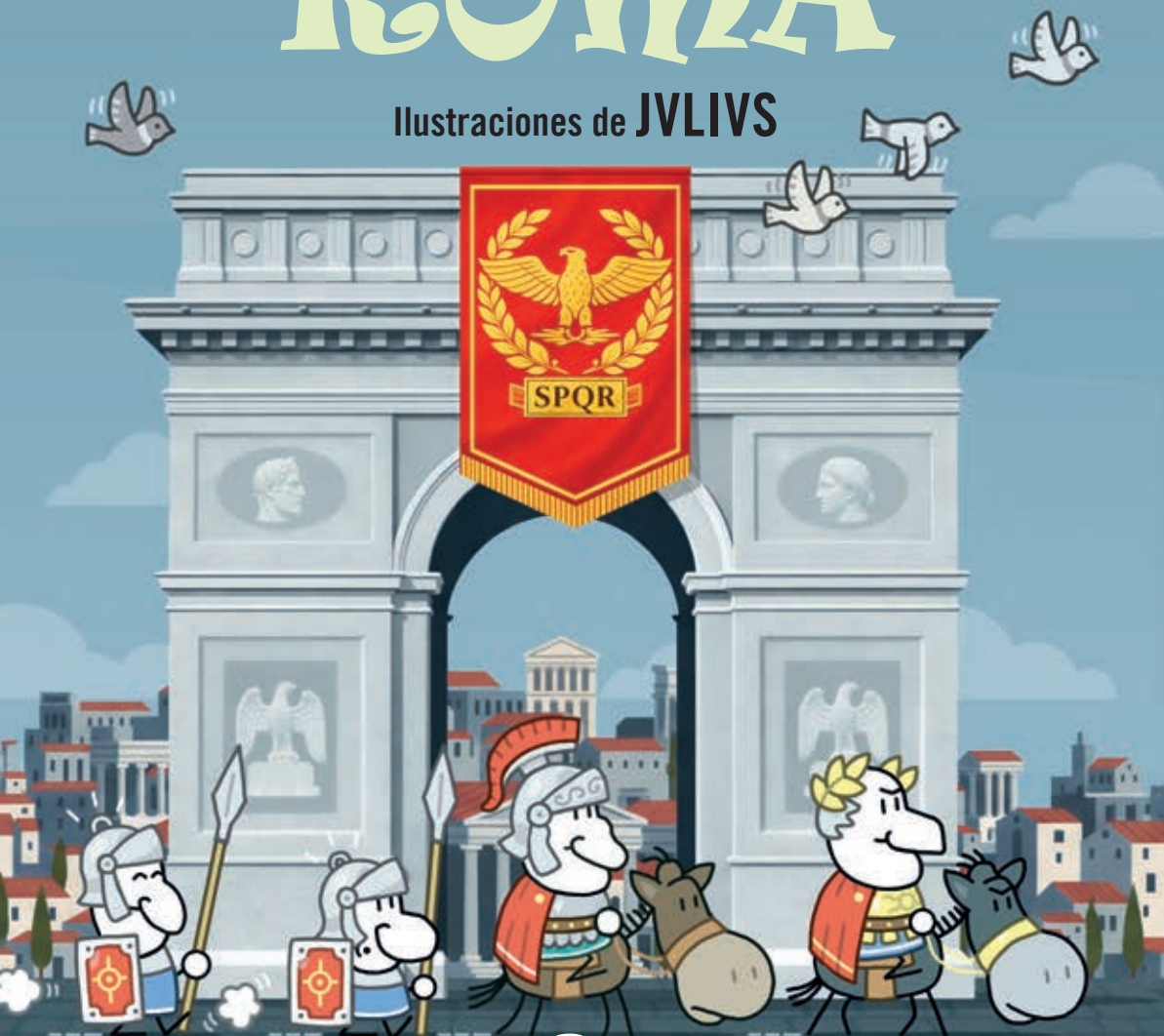


EMILIO DEL RÍO

Pequeña HISTORIA de la antigua ROMA

Ilustraciones de JVLIVS



EMILIO DEL RÍO

Pequeña
HISTORIA
de la antigua
ROMA

Ilustraciones de JVLIVS

© Del texto: Emilio del Río, 2026

© De las ilustraciones: Julio Carabias Aranda (Jvlivs), 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026

Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.espasa.es

Primera edición: marzo, 2026

Ilustración de cubierta: Jvlivs

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de interior: Jvlivs

Diseño de interiores y maquetación: María Jesús Gutiérrez

Depósito legal: B. 24.909-2026

ISBN: 978-84-670-8047-6

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.



ÍNDICE





Introducción, 11

Capítulo I

Érase una vez una aldea: de Eneas a Rómulo, 15

Capítulo II

Siete reyes y siete colinas.

La monarquía (753-509 a. C.), 29

Capítulo III

La República y la expansión de Roma (609-264 a. C.), 47

Capítulo IV

Entre Roma y Cartago: el duelo por el Mediterráneo.

Ha nacido una potencia (246-146 a. C.), 81

Capítulo V

La República contra sí misma.

Las guerras civiles (146-60 a. C.), 113

Capítulo VI

El final de la República. Julio César:

el poder y la daga (60-44 a. C.), 137

Capítulo VI

El nacimiento de un imperio:

Augusto (44 a. C.-19 d. C.), 161

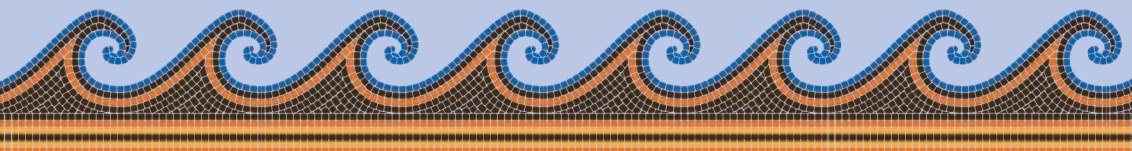
Capítulo VIII

Los césares. Una saga de poder

(y a veces de locura) (19-235), 183

Capítulo IX

La larga decadencia del imperio romano (235-476), 211



CAPÍTULO I

ÉRASE UNA VEZ UNA ALDEA De Eneas a Rómulo



Érase una vez una aldea en el centro de la península itálica, Roma. A diecinueve kilómetros del mar, lo bastante lejos para que los piratas no pudieran alcanzarla, pero lo bastante cerca como para que su río la conectara con el mundo. Junto al Tíber —ese río ancho y perezoso— se levantaba una aldea de campesinos toscos, recios, sobrios, resistentes, desconfiados y valientes. Gente de manos encallecidas y mirada firme, acostumbrada al trabajo duro, al sol y a la incertidumbre de una vida que dependía del cielo y de la tierra.

Vivían rodeados de otros pueblos —etruscos, sabinos, latinos—, todos en una lucha constante por sobrevivir, por defender su cosecha, su ganado, su familia, su honor, su lengua, su libertad. Su vida era un combate diario contra la escasez, y su virtud, la resistencia. De aquella rudeza nació el carácter romano: disciplina, esfuerzo y la obstinación de no rendirse jamás.

Pero la historia de Roma —la que forja su alma— no empezó allí, entre colinas y campos de labranza, sino a más de mil kilómetros de distancia, más allá del mar, en una ciudad que ardía. Empezó como empiezan casi todas las grandes historias: en la mitología, no en la historia real. Empezó en Troya, envuelta en humo y ruinas, cuando un hombre

llamado Eneas, descendiente de dioses y mortales, emprendió un viaje que uniría Oriente y Occidente, la leyenda y la historia, el fuego y la semilla, la derrota y la victoria, el pasado y el futuro.

TROYA ARDÍA

Las llamas se reflejaban en los escudos, en los templos y en los ojos de quienes huían de Troya. Entre el humo y los gritos, Eneas avanzaba con su padre enfermo a cuestas y con su hijo pequeño de la mano. Detrás quedaban la ciudad, su hogar, su mujer muerta y los dioses que no los habían protegido. Delante, el mar y un destino que aún no comprendía.

No huía por miedo, sino por deber. No era un fugitivo, era un hombre que obedecía a los dioses incluso cuando el alma se le partía. Por eso los romanos lo llamarían *pius Aeneas*, ‘el piadoso Eneas’. Pero la palabra *pius* no significa aquí lo que hoy entendemos por ‘piadoso’.



No alude solo a la religiosidad, sino a algo más profundo: la lealtad al deber.

Eneas es *pius* porque cumple con todos sus compromisos: con los dioses, a quienes respeta aunque lo atormenten; con su familia, a la que no abandona ni en la derrota; y con su destino, que acepta sin entenderlo del todo. Es fiel a lo que debe hacer, no a lo que desearía.

Por eso, cuando carga a su padre Anquises sobre los hombros y toma de la mano a su hijo Ascanio, Eneas no solo salva dos vidas: está fundando un símbolo. El padre representa el pasado, la tradición, los dioses que dieron forma al mundo; el hijo encarna el futuro, lo que aún no existe, pero espera ser construido. Eneas los une a los dos.

Esa imagen —un hombre avanzando entre el fuego con el peso del pasado y la promesa del futuro— es el verdadero retrato del alma romana. El romano ideal no se deja arrastrar por las pasiones ni por los caprichos: cumple con su deber, aunque duela. Roma nacerá de esta lealtad. Porque Eneas, *pius Aeneas*, nos enseña que el deber no esclaviza, ennoblece; que el deber como ciudadano no es sumisión, sino fuerza interior; y que por



encima de todo está servir a Roma. Cuando este deje de ser el valor principal, el mundo romano entrará en una larga decadencia y se disolverá.

El mito fundacional traslada a los romanos que solo quien respeta a sus dioses, a sus padres y a sus obligaciones como ciudadano puede fundar una civilización que aspire a perdurar. Por eso los romanos verán en Eneas el modelo de sus virtudes: la piedad, el deber, la lealtad, la fortaleza moral. Eneas no lucha por la gloria, sino por lo correcto. Lleva sobre sus hombros a su padre, y con él, la historia. Lleva de la mano a su hijo, y con él, la esperanza. No abandona a su padre Anquises, ya enfermo, sino que arriesga su vida para llevarlo con él. ¡Vaya lección para una sociedad como la nuestra, que abandona a sus mayores!

Y otra gran lección: el fundador de la saga que dará lugar a Roma, Eneas, es un perdedor, un tipo que sale huyendo de Troya. En una sociedad como la nuestra, que no perdona el fracaso, conviene recordar esta gran enseñanza de los romanos: se aprende del fracaso y un perdedor puede conseguir las más grandes hazañas y ser la base del gran Imperio.

De esa escena —tan sencilla y tan humana— nacerá toda una civilización. Roma aprenderá que la fuerza radica en no abandonar, en resistir. Si algo eran los romanos, era persistentes. Estuvieron varias veces en gravísimo peligro de ser derrotados y destruidos, sufrieron fracasos memorables, pero resistieron. Como Eneas.

Eneas y los troyanos emprenden su viaje, saben que deben fundar una nueva ciudad, pero no saben dónde, ni cuándo, ni cómo reconocer el lugar adecuado. El viaje es una sucesión de intentos fallidos y señales oscuras.

En ese contexto llegan a las islas Estrofades. Desembarcan, sacrifican animales y se disponen a comer..., pero el banquete se convierte en pesadilla: aparecen las arpías, monstruos alados, mitad mujer mitad ave, que roban la comida volando y arrojan excrementos sobre las mesas. Cuando los troyanos intentan defenderse, una de ellas, Celeno, les lanza una profecía en forma de maldición:

No fundaréis vuestra ciudad hasta que el hambre os obligue a devorar vuestras propias mesas.



Eneas no la entiende. Y no puede entenderla. Como ocurre siempre con las profecías, el sentido se revela solo cuando se cumple. En ese momento, la frase suena a castigo monstruoso, a hambre extrema, a derrota. Virgilio juega aquí con la ambigüedad: lo que parece amenaza acabará siendo la señal de llegada.

En su largo viaje por el Mediterráneo, Eneas logró escapar de monstruos y tempestades, pero la prueba más dura no vino del mar, sino del amor. En Cartago, la reina Dido se enamoró de él y quiso retenerlo a su lado. Durante un tiempo, Eneas sintió la tentación del reposo: la guerra había quedado atrás, por fin podía amar y ser amado. Pero los dioses no lo habían destinado a la felicidad privada, sino al servicio de una causa mayor: Roma. Júpiter envió a Mercurio para recordarle que su misión era fundar un imperio, no quedarse en Cartago. Dido le suplicó entre lágrimas que no partiera; él se marchó en silencio, obedeciendo el mandato divino. Poco después, ella se quitó la vida y su maldición selló el futuro enfrentamiento entre Roma y Cartago.

Este episodio, narrado en el canto IV de la *Eneida*, una de las joyas de la literatura universal, es otra leyenda que define el espíritu romano. El héroe no se pertenece a sí mismo: su deber está por encima de sus deseos. En esa decisión, tan humana y tan dolorosa, se encierra el ideal que dará forma a Roma: servir a la patria incluso a costa de la propia felicidad.

Siguió su travesía. Pasó junto a las tierras de Circe y, finalmente, llegó al Lacio, una región situada en la desembocadura del Tíber. Un día, bajo la sombra de unos árboles, Eneas se encontraba junto a sus soldados y su hijo Ascanio preparando un festín con tortas de harina que utilizaban para llevarse a la boca unas frutas silvestres, tal y como les había inspirado Júpiter. Tenían tanta hambre que se comieron hasta la «delgada pasta de Ceres». Entonces Ascanio exclamó, entre risas:

—¡Nos hemos comido las mesas!

Eneas levantó la vista al cielo. Había comprendido la profecía. Y dijo:

—*Hic domus, haec patria est.*

Es decir, 'Aquí está mi casa, aquí está mi patria', porque en ese momento recuerda la profecía de su la arpía Celeno. Virgilio juega con el

doble significado de *mensa* en latín, por un lado ‘mesa’ y por otro la ‘base de pan sobre la que se extendían otros alimentos’ (la base de nuestra pizza!). Así que gracias a una pizza comenzó la historia de Roma. Anquistes podría haberle dicho a su hijo Eneas: «Sobre una pizza edificarás el Imperio romano».

Allí, donde el pan se confundía con la mesa, fundaría su nueva patria. El gesto era humilde y sagrado: la grandeza de Roma empezó con un pan partido y compartido. A veces, los dioses dejan su mensaje en lo más cotidiano. En algo parecido a una pizza.

El rey de esas tierras, Latino, lo recibe con hospitalidad. Reconoce en él al extranjero anunciado por los oráculos, el que debía casarse con su hija Lavinia y dar origen a una raza gloriosa. Todo parece encaminarse a la paz, pero la diosa Juno, que aún no ha perdonado a los troyanos, siembra la discordia. Enfurece a Turno, príncipe de los rútilos y pretendiente de Lavinia, y provoca una guerra que enfrenta a los recién llegados con los pueblos del Lacio.

Eneas, fiel a su destino, lucha no por ambición, sino por deber. Forja alianzas, entre ellas con el rey Evandro y los etruscos, y recibe de su madre Venus una armadura forjada por Vulcano, símbolo de la protección de los dioses. La guerra es larga y sangrienta. Finalmente, para evitar más muertes, se acuerda un combate singular entre Eneas y Turno. El troyano sale victorioso y así termina la epopeya.

Pero el verdadero final no está en la espada, sino en lo que viene después: Eneas se une con Lavinia y funde su pueblo con el de los latinos. Renuncia a su nombre troyano, renuncia a su lengua, adopta la del Lacio, el latín, y sus costumbres, y de esa unión nacerá una nueva identidad.

Eneas, el hombre que no se rinde, ha cumplido su misión. No conquista, sino que funda. No busca la gloria, sino cumplir con su cometido. Virgilio no cierra la *Eneida* con una apoteosis triunfal, sino con una lección: Roma no nacerá de la conquista, sino de la integración. El héroe, que empezó huyendo de una ciudad destruida, culmina su viaje fundando otra que será eterna. Y con él se impone el ideal romano: vencer para unir. En el origen mitológico de la saga que fundará la ciudad hay



una enseñanza política y moral extraordinaria: la fusión de los pueblos y la renuncia del héroe a su identidad personal para dar lugar a algo más grande.

Y todo empezó con un hombre que, una noche de fuego y destrucción, cargó a su padre a la espalda, tomó a su hijo de la mano, no miró hacia atrás y siguió caminando.

RÓMULO Y REMO

Descendientes de Eneas y Lavinia fueron los reyes de Alba Longa, una ciudad levantada en las colinas del Lacio. Pasaron las generaciones y nació Rea Silvia, hija del rey Numitor. Su tío Amulio, que le había arrebatado el trono, quiso evitar que ella tuviera hijos que pudieran vengarlo, así que la obligó a hacerse vestal, una sacerdotisa consagrada a Vesta, obligada a la castidad, el equivalente a una monja de clausura. Pero los dioses, que nunca se pliegan a los planes humanos, para eso son dioses,





intervinieron: el dios Marte se enamoró y se acostó con ella. De esa unión nacieron Rómulo y Remo, dos gemelos destinados a cambiar la historia.

El rey usurpador Amulio, al enterarse de que Rea Silvia había tenido gemelos, ordenó que los arrojaran al Tíber para evitar que algún día reclamaran el trono. Pero el río, que tantas veces en la historia protegerá a Roma, se desbordó y las aguas dejaron a los niños varados en una orilla, junto a una higuera. Allí los encontró una loba, que los amamantó.

Esa imagen —la loba inclinada sobre los dos niños— atravesará los siglos y se convertirá en el símbolo de Roma. Tiene un matiz que los romanos entendían muy bien: en latín, *lupa* significa tanto ‘loba’ como ‘prostituta’ (de ahí viene ‘lupanar’). La leyenda, por tanto, juega con esa ambigüedad. Tito Livio añade que una prostituta se encargó de su educación y crianza después de que la loba los salvara y amamantara. El mensaje está claro: de lo más humilde, de dos desheredados, de dos desahuciados, hijos de una *monja* violada, surgirá el imperio más grande: Roma.

Roma nace del instinto y del amor, de lo salvaje y de lo humano, de lo animal y lo maternal. La leyenda del origen de Roma traslada claramente que no importa el linaje, sino la voluntad y la capacidad de sobrevivir.

La imagen de la loba es Roma misma: feroz y protectora, capaz de devorar y de alimentar. Una ciudad nacida de la supervivencia, del abandono y de la compasión. Por eso el emblema de Roma no es un dios ni un héroe triunfante, sino una madre imposible, una loba, dando de mamar en medio del barro del Tíber a dos bebés. Es absolutamente genial.

Los gemelos crecieron fuertes, valientes y con ese punto de rebeldía que solo tienen los que nacen al margen de todo. Nadie sabía quiénes eran, pero en ellos ya latía el destino de Roma.

Cuando se hicieron adultos, descubrieron su origen, derrotaron al tirano Amulio y devolvieron el trono a su abuelo Numitor. Pero no quisieron quedarse en Alba Longa: necesitaban su propio lugar, su propio comienzo. Volvieron al valle del Tíber, al sitio donde la corriente los había dejado en tierra, y allí decidieron fundar una ciudad. ¿Cómo lo hicieron?

Rómulo cogió su arado, tirado por un buey y una vaca, y se dispuso a trazar un surco en la tierra. Ese gesto, tan sencillo y tan solemne, marcaba el límite sagrado de la nueva urbe. Dentro del surco estaría la ciudad, protegida por los dioses. Fuera de él, el mundo incierto.

Cuando Rómulo terminó de trazar el surco sagrado de lo que sería la ciudad, advirtió públicamente que quien se atreviera a cruzarlo moriría. Era una prohibición ritual y una declaración política: nadie debía violar el límite fundacional de la ciudad, porque ese límite representaba el orden, la ley y la voluntad de los dioses. La escena fue esta:

Rómulo y Remo, frente a un terreno vacío junto al Tíber. Rómulo lleva un arado.

RÓMULO. Bueno, Remo, este es el sitio. Aquí vamos a fundar la ciudad.

REMO. ¿Aquí? ¿Con ese barro? ¿No había una colina un poco menos húmeda?

RÓMULO (*con solemnidad*). Ahí abajo nos dejó el río, ahí volvimos a nacer. Aquí va Roma.

REMO (*resopla*). Vale, vale. ¿Y eso que llevas?

RÓMULO (*levantando el arado*). Esto, hermano, es el arado sagrado. Voy a trazar el límite de la ciudad. Dentro del surco, Roma. Fuera del surco, el caos. Nadie puede atravesarlo.

REMO (*burlón*). ¿Y si alguien lo pisa?

RÓMULO (*se detiene, serio*). Pues... morirá.

REMO (*riendo*). ¿En serio? ¿Tan drástico?

RÓMULO. Son las reglas. Sin límite no hay ley. Sin ley no hay ciudad.

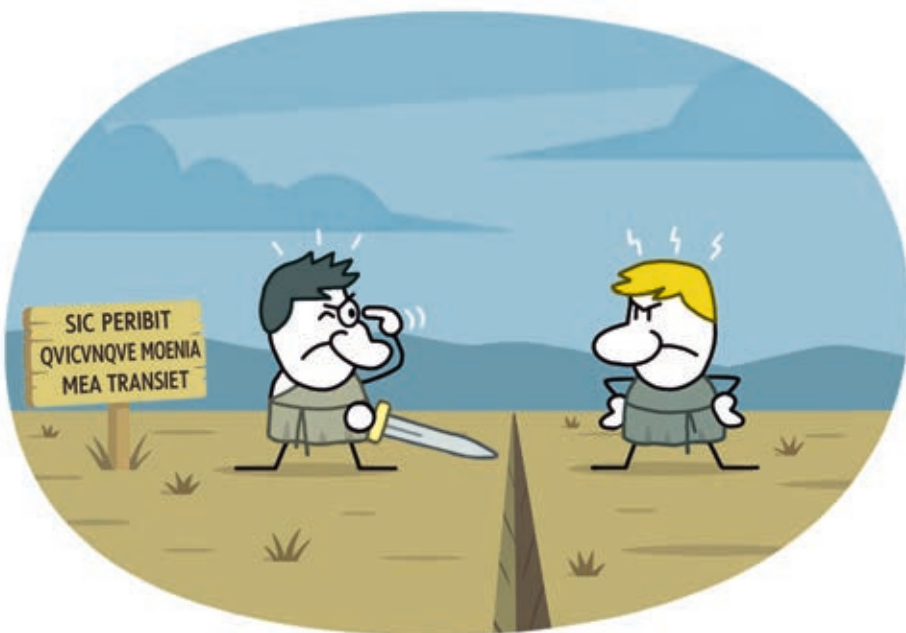
(*Rómulo comienza a trazar el surco con el arado. Remo lo observa, cruzado de brazos*).

REMO (*sarcástico*). Pero qué serio te has puesto.

RÓMULO (*sin mirarlo*). Esto es Roma.

(*Rómulo termina el surco. Se gira y lo observa con respeto*).





RÓMULO. Nadie debe cruzarlo.

REMO (*desafiante, pone un pie en el borde*). ¿Y si lo hago yo?

RÓMULO. No bromees, Remo. La ley es igual para todos.

REMO. Pues voy a cruzarlo.

(Remo da un salto al otro lado, teatral. Rómulo lo mira fijamente. Un segundo de silencio).

RÓMULO (*frío, saca su espada. Hierde mortalmente a Remo. Silencio. Remo cae, incrédulo*). Así morirá todo aquel que se atreva a cruzar mis murallas.

Esa última frase, breve, tajante, romana —lo cuenta el historiador romano Tito Livio— encierra toda la enseñanza de la leyenda: el orden y la ley están por encima de la sangre y de la emoción. Rómulo no mata solo a un hermano, funda una norma. Desde entonces, ese surco simboliza un principio sagrado del Estado romano: nadie está por encima de la ley.

Rómulo había señalado, sin saberlo, la primera ley romana: todo orden se construye sobre un límite. Desde su origen, los romanos entendieron que sin reglas no hay ciudad, y que la libertad solo existe si hay un límite que la contenga.

Y no es casual que su padre fuera Marte, el dios de la guerra. Roma heredó de él su carácter belicoso, su energía indomable. Supo transformar la violencia en disciplina y la fuerza en ley. De ese dios guerrero nacería un pueblo que haría de la organización militar y del respeto a las normas su verdadera religión. Roma sería ley, orden y una extraordinaria máquina de guerra. Y también era descendiente de la diosa del amor y la sensualidad, Venus. ¿Qué podía salir mal?

Y así, entre el amor de una loba y la sangre de un hermano, nació Roma, la ciudad eterna: hija de la compasión y del conflicto, del instinto y del deber. Una ciudad tan humana que incluso en su origen lleva la marca de la grandeza y del error. Roma no nace del poder ni de la gloria, sino de dos personajes abandonados a su suerte, de la transgresión, de la supervivencia y también del cumplimiento implacable de la ley y del orden. En su mapa genético estaba el instinto de supervivencia.

UNA ALDEA EN UNA COLINA



Roma nació en un lugar extraño para levantar una ciudad. El terreno era húmedo, rodeado de pantanos y colinas, pero tenía algo que valía más que el oro: el Tíber, un río navegable que comunicaba el interior con el mar. A unos diecinueve kilómetros de la costa, sus orillas ofrecían refugio frente a los piratas y, al mismo tiempo, una vía de comercio.

El primer asentamiento se levantó en el Palatino, una de las siete colinas que con el tiempo formarían la ciudad. Alrededor, otras elevaciones —el Capitolio, el Aventino, el Esquilino, el Celio, el Viminal y el Quirinal— albergaban pequeñas aldeas de cabañas, separadas por





zonas pantanosas que los romanos acabarían por drenar. Era un paisaje áspero, pero defensivo y fértil. Allí se cruzaban las rutas que unían el Lacio con Etruria, y por el valle del Tíber pasaba la vía Salaria, por donde se transportaba la sal de las marismas de Ostia hacia el interior.

En torno a esa aldea vivían los latinos, que habitaban las llanuras del Lacio; los sabinos, en las colinas del nordeste; y los etruscos, poderosos y cultos, al norte del río. De todos ellos Roma aprendería algo: de los latinos, su lengua; de los sabinos, su templo; y de los etruscos, su sentido del orden y los ritos. De ese mestizaje, y de esa tierra difícil, nació un pueblo obstinado, resistente y práctico, capaz de convertir una aldea en un imperio.

Y pensar que todo empezó allí, en una aldea en una colina junto al Tíber, con unas cuantas chozas, un puñado de agricultores y de pastores y una historia que aún no sabía que sería eterna. Érase una vez una aldea.